

ÁNJEL MARÍA FERNÁNDEZ

Los amigos

*A la memoria de Roberto Bodegas
y Jesús Pascual, el Chepo*

*Tampoco a los ruidos de las plazas suele uno
tirarse por su propio impulso; son muchas las
circunstancias que lo empujan y, entre ellas, es
quizá la más importante los amigos.*

Domingo Ortega

DIEGO URDIALES HERNÁNDEZ, RIOJANO de 1975, nacido en Arnedo, hijo de la Charo y el Ramiro, criado en el patio San Vicente de Paul, es torero: el maestro Urdiales. En su ya extensa trayectoria (tomó la alternativa como matador de toros en agosto de 1999), despuntan algunas cumbres: tres salidas a hombros, por ejemplo, por la puerta grande de la plaza de Vista Alegre, en Bilbao, las temporadas 2015, 2016 y 2018; o la faena al toro Personaje en la Monumental de México D. F., el coso más grande del planeta —cuarenta y dos mil asientos—, faena memorable, aun sin trofeos; al igual que el brindis, elegante, señorial, morrocotudo, un día después del atentado terrorista en la sala Bataclan de París: «Allí tomé la alternativa. Va por Francia, por las víctimas y por la libertad». Cumbres resumidas, aglutinadas en una apoteósica salida a hombros de la augusta plaza de toros de Madrid, Las Ventas del Espíritu Santo, en otoño de 2018.

Dieguito era, parecía, un niño corriente (futebolero, pequeña-jo, irregular estudiante...), hasta que echó a correr en dirección a la vieja plaza de toros de su pueblo e ingresó en la escuela de tauromaquia.

En principio suena anormal, al menos pinturero, rarito, que en un pueblo riojano los niños deseen ponerse delante de un toro. Quizá suene extraño en la actual Europa del siglo XXI, pero el país era otro en los años ochenta del siglo pasado, otros eran los niños en aquel *terràmen* ibérico de naranjitos y limones con su mezcla de bicornios y goma tres. Muerto el perro del golpe no se acabó la rabia del terrorismo. Pero vamos a lo nuestro, que me pongo críptico.

Por extraño que suene, existían en La Rioja, en 1985, escuelas para aprendiz de torero en Arnedo y Calahorra (ninguna desde los años setenta en la capital, Logroño), entre las que reunían a medio centenar de aspirantes a matador. Mundo chocante el de ayer, sin teléfonos móviles, sin redes sociales, sin modelos humanos salidos de Instagram, sin el caudal de personas afamadas, bien depiladas, de hoy. Antonio León, el As de Espadas, torero arnedano de 1930 sin perfil en Facebook (murió en 2008), servía a los pipiolos taurófilos de entonces como faro al que dirigir la senda del ideal de sus capotazos y de sus vidas. A pesar de haberse retirado en los años setenta, como las escuelas taurinas de Logroño, mantenía el magisterio sostenido por un prestigio procurado en Madrid con su torerísimo y eficaz modo de aplicarse en la suerte suprema, que es como en el cruento rito taurino se denomina al trance de entrar a matar.

En lo poco que uno va comprendiendo o cree comprender de esta liturgia taurina, le fascina a uno la idea de entender que todo lo que ocurre desde que el bóvido pisa la arena de la plaza hasta su sacrificio final no es sino una preparación para la muerte. ¿Cómo sacrificar a un toro bravo? ¿Cabe otro modo de hacerlo que aplacando su divina, providencial presencia hasta un punto en el que el bravo hombre, cara a cara, de poder a poder, sin más ventaja que una muleta y una espada, lo extinga? Preparar para la muerte al animal preparándonos para la muerte futura nuestra. Todo lo que veo en la plaza es un *memento mori*, recuerda que vas a morir. ¿Moriremos como muere un toro? En principio no, en principio nos auguramos muertes dulces, aunque tampoco debemos descartar que el destino nos depare una muerte peor que la del rumiante. ¿Querrías que te hicieran a ti lo mismo que le hacen al toro? Sí, claro, no me importaría; siempre y cuando el toro impartiera mis clases particulares a alumnos de primaria y secundaria, soportara a sus familias, pagara mis facturas, etcétera. Un toro es un toro y un hombre es un hombre, es fácil de entender. ¿Te enroscarías un toro bravo al cuello para hacerte una foto? ¿Y una pitón? ¿Proba-

rías un guiso de rabos de lagartija? ¿Y uno de rabo de toro? Una serpiente es una serpiente y una lagartija es una lagartija, es fácil de entender. ¿Puedo permitirme comparar el modo en que viven y mueren todos y cada uno de los animales? ¿El modo en que comparto mi vida con el resto de animales y el modo en que los mato? ¿Los mato o los sacrifico? ¿Las decenas, los cientos de insectos que perecen en cada uno de mis desplazamientos en automóvil son muerte o sacrificio? ¿Puedo permitirme comparar el modo en que el hombre mata o sacrifica a cada uno de los animales? ¿Se prestigia la muerte y sacrificio de algún otro animal como la del toro? ¿Acaso no se honra de modo ejemplar la memoria del toro bravo, de cada toro bravo con su sacrificio ritual en la plaza? Digo toro, pero haría mejor en decir Personaje, Beato, Ratón, Cortesano, Miraflores, Arrojado, Cobradiezmos, Marquito, Murciélago, Belador, Chicuelo... a cada uno según su nombre de pila. ¿Criamos, cuidamos, atendemos, curamos, damos de comer, ponemos nombre a quienes queremos torturar? ¿De veras es una tortura y no un sacrificio lo que ocurre en la plaza? ¿En serio el personal disfruta con la sangre, las heridas, la muerte violenta del animal? De ser así, el espectador querría agonías interminables en jolgorio infinito en vez de lo que ansía en realidad: la muerte rápida del toro tras el espadazo. Sangre, muerte, sacrificio... ¿Cabe hablar de arte? «Todo arte trata de lo absurdo y aspira a lo simple. El arte digno dice la verdad, es en efecto la verdad, tal vez la única verdad». ¿Hay algo más cierto que la muerte a la que todos estamos destinados? ¿Atina Iris Murdoch con la cita que endoso como respuesta a mi pregunta? Claro que hago trampa. Elijo la pregunta y elijo la respuesta. A veces me creo especial, aunque soy un imbécil normal y corriente. Por eso insisto: ¿cabe hablar de arte? Lo hablaremos.

Para poder responder con un mínimo de envidia a las antedichas preguntas debemos empezar por ir a la plaza, creo yo. Pero ¿tienes el suficiente valor? ¿Por qué ir a la plaza? ¿O por qué dejar de ir? ¿Hay razones para dejar de ir a la plaza de toros? ¿Las hay

para abolir las corridas? Las hay. O, mejor dicho, la hay. Pues es, como diría Fambra (ya lo irán conociendo), «una y solo una: evitar la muerte de los toreros».

He aquí un hombre solo y solo un hombre, me refiero a mí, ni uno más, uno que caza moscas, abre la ventana y las echa de su casa como un portero zen. Uno que se ve como dueño imposible de animal alguno, risa me da llamarlo doméstico. Uno que va a los toros, además de porque sí, porque le da la gana y porque es legal, y también va sin saber muy bien del todo a qué va, aunque siempre vaya, cada vez más y casi en exclusiva, a ver torear a un amigo, a ver triunfar a un amigo, a ver vivo a un amigo un día más, una tarde más.

Soy profesor. Cosas peores podría ser. Incapaz de preparar oposición alguna me dedico a dar clases particulares, es decir, vivo en B. Antes de ser torero de prestigio, hasta «de culto» se ha comenzado a deslizar, Diego Urdiales trabajó en un almacén de pieles para la fabricación de calzado y se empleó muchos años como pintor de brocha gorda, entre otras cosas. Yo creo que un torero como él es un artista. También yo lo soy en la medida que poeta, si entendemos que es poeta aquel a quien publican sus versos. ¿Se puede ser poeta y por lo tanto artista sin ver publicados tus versos? Sí, se puede. ¿Puede uno ver publicados sus versos y no ser poeta ni artista? Es posible que también.

Pero ¿puede uno torear y no ser torero? ¿Puede alguien vestirse de luces, tomar la alternativa, acartelarse en plaza y no ser torero? La respuesta es no. Cabría discernir, descifrar, catalogar ante qué tipo de torero estamos, pero es torero siempre quien se viste de luces delante del toro; sin medias tintas, lo es. Ahora bien, ¿qué tipo o cuántos tipos de torero hay? Según mi concepción maniquea del oficio existen artistas y *hartistas*, bailaores y *bailahoras*, toreros de Pisa y toreros Eiffel. El *hartista*, muy resumido, es el torero que hace de nuevo, *again*, todo lo que ya estamos hartos de ver, una vez y otra, siempre lo mismo; el artista, por el contrario,

HAY ALGO PEOR QUE UN escritor con pájaros en la cabeza: un escritor sin pájaros en la cabeza. Obvio, como diría un argentino.

La idea de seguir a Urdiales durante una temporada, plaza tras plaza y día tras día, ovó en mi seso después de varios encuentros con el cineasta Roberto Bodegas en la ya algo lejana primavera de 2007. El Róber me relató, entre mil cosas más, su deseo incumplido de acompañar, de perseguir al maestro Chenel, Antónete, durante un ciclo taurino completo, desde Valdemorillo hasta allende el mar Atlántico, una vez finalizada en España la Feria del Pilar, por toda la América taurina.

El cascarón del huevo aquel quebró en noviembre de 2015, la semana en la que se confirmó que la FIT (Fusión Internacional por la Tauromaquia) se hacía cargo de la carrera de Diego Urdiales para el nuevo año. Su toreo era apreciado por el aficionado atento, pero no terminaba de calar en el gran público, al que las guindas de las orejas y las puertas grandes facilitan el juicio pastelero inyectando la glucosa precisa en el motor de la sangre y las piernas hacia la grada. Urdiales, por fin, abrió el portón en una gran feria, Bilbao, con uno de esos triunfos de unánime acogida tras el que la empresa más importante del mundo taurino, con capital mexicano, francés y español, el de Alberto Bailleres, Simón Casas y José Cutiño, prohombres, decidió acogerlo en su seno, patrocinarlo. Urdiales puso una condición al negocio: mantener a su lado a su hombre de confianza, Luis Miguel Villalpando. A lo largo de la novela sabremos quién es.

El mismo día que recibí la noticia que en principio aseguraba un buen número de contratos a Urdiales, escribí a Israel Vicente, amigo de Diego, hijo de don David Vicente Iglesias, primer apoderado del matador, quien con mucha gracia y un gran sentido del suspense me ofreció su apoyo: «... porque sin duda es imposible que el presunto libro en el que narraras todo el periplo de Diego se fuera a vender. Ningún torero, a menos que se llame José Tomás, es capaz de rentabilizar el gasto que suponen los viajes, las entradas, la manutención... Y es una pena, ya que sé que ese posible libro en tus manos estaría depositado justo en las manos que necesita (lávatelas, no obstante, por favor), pues para llevar a cabo un ejercicio así es necesario un autor de corte romántico, escorado a lo sentimental sin duda, alguien que conozca bien a Urdiales, alguien que pueda sumarse a su entorno sin causar distorsiones (en la medida de sus posibilidades), y no habría nadie en ese caso como tú, en la medida de tus posibilidades. Además, sé que dispones del tiempo, de las ganas y de la libertad para ello, pero es una locura, una absoluta locura, muy difícil de llevar a cabo, así que siento decirte que tienes todo mi apoyo. Cuenta conmigo para lo que necesites».

Entusiasmado y agradecido escribí después un wasap a Fambra. Quería felicitarlo por la publicación de su último libro («A cualquier cosa llamáis libro», respondió) y también quería contarle que revoloteaba en mi cabeza la idea de acompañar a Diego Urdiales en su nuevo periplo. Pero no me atreví. Un bobo prurito de timidez, un recio ataque de inseguridad, me puso el freno. Intercambiamos no obstante varias chanzas urdialistas, diletantes trincherazos, y ahí quedó.

Durante el año 2015 asistí a un solo festejo taurino, fiel a mi costumbre, costumbre ajustada a mi insana economía y a mi sano gusto por el ritual. Uno al año para que haga el daño justo, el bien justo en este caso, pues daño y bien son la misma cosa y la cosa misma en este trabalenguas ancestral de lo que ser humano sea.

Como decía, una mañana de julio me desplazé hasta Ceret, la Francia más cercana a la frontera española, y sufrí una tarde de toros. Llegué con mi Aldonza el último día de las fiestas patronales. Sentí que paseábamos por una villa cualquiera de la ribera del Ebro: muchachos todavía borrachos continuaban la cháchara de la noche, las calles supuraban en el nivel alto de la suciedad una suerte de excrementería, se celebraba un encierro a la hora del vermú, la parroquia se adornaba y a los ropajes que alguna vez fueron blancos añadía pañuelos rojos, boinas, fajines, estrambóticas diademas...

En nuestro afán dominguero, con el deseo de distanciarnos del Dioniso, visitamos el museo municipal donde a las piezas de la exposición permanente, taurinas en muchos casos, se sumaba otra pequeña, pero muy hermosa, muestra de Jaume Plensa. Después de comer y tras una breve siesta arrojados en un parque próximo a la plaza, nos incorporamos al festejo.

Excepto la compañía, me incomodó todo lo que allí presencié. La plaza minúscula y el toro enorme, de Adolfo Martín. Al desagradable por maleducado e irrespetuoso vocerío de algunos, muy pocos, pero muy presentes paisanos, ebrios de alcohol o de estupidez, se sumaba la distancia mínima (fila tres) desde la que contemplamos la lidia, lo que exageraba todavía más el tamaño del animal en contraste con la plaza; como si en un recinto para clicks de Famobil lidiara un geyperman. Sentí, en resumen, que me toreaban encima.

A propósito, he pensado después que había en aquel sentimiento algo o mucho de hipocresía. No sé si se puede defender el rito de la tauromaquia según cuándo y cómo. Aunque, por otro lado, sé que el rito en general, cualquier rito, exige una proporción, incluso cuando es desproporcionado, como en la hecatombe. ¿Qué desgracia sufría un pueblo, ante qué miedo se veía para afrontar el sacrificio de cien reses? Y para encarar el sacrificio de seres humanos, ¿cuál era el miedo, el deseo, la desgracia, la mezcla de miedo, deseo, desgracia ante los que se veía?

TAMBIÉN SE TOREA CUANDO no se torea. Tras el capotazo, el muletazo, tras el par de banderillas... Caminar también es torear. Incluso en la más absoluta inmovilidad se erige la gracia de un torero. En esa quietud y en cada movimiento fuera del lance, un matador hegemoniza su estilo. Así pues, nos conquista un diestro cuando nos gustan hasta los andares.

Con esa idea, nada nueva, desperté. Se dice que el Papa Negro, Manuel Mejías Rapela, iniciador de la famosa estirpe taurina de los Bienvenida en los arranques del siglo xx y que dio en su hijo Antonio una figura esencial de la tauromaquia en España, ponía a los aspirantes a torero, antes de nada, simplemente a caminar, para ver si allí había madera, y de qué árbol. También me desperté con una resaca catedralicia. Había pasado la noche soñando con la señorita Flórez: la señorita Flórez caminando hacia mí, la señorita Flórez con el rostro igual que una calavera, la señorita Flórez paseando desnuda delante de mí, la señorita Flórez contemplando mis manos, la señorita Flórez vestida de torero, la señorita Flórez preguntando si venía de España, la señorita Flórez burlándose de mí...

Lucho se había ofrecido para acompañarme en busca del maldito paquete. Circulamos de nuevo por las zonas en las que había transitado con el gringo, preguntamos en varios hoteles, volvimos en un par de ocasiones al museo, hicimos multitud de recorridos por el área, en coche y caminando, pero ni modo.

Por la noche, mi última noche en el D. F., antes de trasladarme a León, en la provincia de Guanajuato, para ver torear a Urdia-

les, volvimos a beber. Entre tequila y tequila, Lucho me hablaba de matadores mexicanos a los que yo nunca había oído mentar. Me contó la historia de su abuelo. El viejo había sido picador en la cuadrilla de un Armillita durante dos temporadas. Lo asesinó uno de los banderilleros por acostarse con su mujer. Una gran historia que merece novela. Un excelente narrador este Lucho. Medio filósofo, me aclaró, con mucha gracia, que un poeta se parecía mucho a un torero, pues también ha de estar dispuesto a morir cada día, pero de hambre.

En las casi siete horas de trayecto en autocar a mi nuevo destino fantaseé con la idea de imprimir una tarjeta falsa para entregársela a Mecenaz, al que consideraba ya mi exmecenaz. Tuve varios sueños y alguna pesadilla. Me vi a cuatro patas, desnudo y acomplejado. El empresario arnedano apagaba en mi espalda dos habanos a modo de banderillas. La señorita Flórez me agarraba con una mano la cabellera y con la otra ponía una tarjeta en mi boca. Después yo se la entregaba al empresario arnedano, pero la tarjeta estaba en blanco. Ella se perfilaba como una Quijote rubia, él parecía un Sancho Panza trajeado. Ambos se burlaban de mí.

En León asistí a la primera tarde de Urdiales vestido de luces en 2016, y quizá a mi único festejo del año, fiel a mi estilo. Ya no dispondría del dinero y, algo peor que eso, tendría que devolver los tres mil que se me adelantaron. Entre la gente me parecía ver a la señorita Flórez a cada rato moviéndose en el tendido. Y a cada rato miraba mis propias manos sintiendo lástima de mí. Maldito simio. Cavilaba todo eso mientras Diego toreaba a su primero a la verónica, la más clásica y elegante manera de torear con el capote, con el garbo seco que lo caracteriza, con su pellizco interior de esqueleto, con su tauromaquia vertical, Eiffel, opuesta a la corriente y moliente e inclinada torería de Pisa.

La vida se burla de nosotros y nosotros a veces, pobres bípedos, nos creemos burlar de la vida. También nos burlamos o nos creemos burlar los unos de los otros y los otros de los unos como

VOY CON UN PAR de obviedades para hablar de la posteridad: la que nunca se conoce de antemano, la del carácter esquivo como carta de presentación. Por eso es tan extraño para uno estar ante Urdiales y conocer y reconocer lo que no se puede conocer ni reconocer.

Unos días antes del viaje a México, acompañado por mi Al-donza, fui a Peralta, en Navarra. El club taurino local programaba una charla del periodista Paco Aguado en la que este exponía a través de las faenas de nueve toreros el desarrollo de la tauromaquia en el siglo xx, desde Joselito el Gallo, fallecido en 1920, a José Tomás, nacido en 1975. De la pinturería y el adorno de quien ya no es pero todavía es un matatoros, al representante más misterioso del toreo último; del juego mandón y gracioso de corte acarnavalado y saltarín del sevillano ilustre (un apunte hiperactivo y adolescente, altivo y superdotado, preludeo del toreo postrero y maduro que el tiempo nos va deparando) al perfil hierático y poético entre el héroe clásico y el superhéroe Marvel del de Galapagar. En el medio se desmenuzaban por las obras y la gracia de Manolete, Martín Vázquez, Chenel, el Cordobés, Camino, Ojeda y Joselito Arroyo, en un arcoíris de negros, grises, de oscuros (valga el oxímoron) cien años de toreo. Recuerdo haber leído que Velázquez utilizaba hasta sesenta y cuatro variaciones del color negro en su obra y tengo para mí que a la tauromaquia le sienta bien la ausencia de color, aunque quizá no haya en ello más que un nuevo golpe de miedosa hipocresía ante el hecho cruento del rito, una ocultación, un disfraz de la sangre y de la violencia que le viene bien a mi ojo,

a la manera de Hitchcock en la famosa escena del asesinato en la bañera de *Psicosis*. Algo tendrá el agua cuando se bendice y algo la sangre cuando se sublima.

De vuelta al hatillo de faenas y embestidas con las que Aguado nos ilustró, me detengo un momento en dos de las que me fascinaron. Como un niño en el circo aluciné con Manolete, con su estatismo y su seriedad misteriosa, casi impenetrable; con su elegancia oscura de vampiro, hispano y enjuto, más expresionista que quijotesco, con algo de personaje de un Murnau o un Fritz Lang tardíos. Y por contraste, tal vez, con el modo lírico, joven, armonioso y ligero de Paco Camino, echado a un lado en el cite con la aparente y perfecta ingenuidad de un aprendiz. Y me doy cuenta de que trato de explicar, de explicarme, con la triste muleta de un puñado de adjetivos, el toreo; y solo explico, si acaso explico, el cuerpo de un hombre. Adjetivos. Se recuerda que Josep Pla fumaba para encontrar adjetivos. El público fuma en la plaza mientras el torero adjetiva de veras, con su cuerpo, con su vida: «Aquí están los adjetivos de mis femorales, señores; y allá el vuelo de sus plumas, maletillas...», parece escucharse.

De la plaza en crudo con los cuerpos desarmados de los caballos sobre el albero, a principios del siglo xx, al indulto del toro Idílico de Núñez del Cuvillo en la Monumental de Barcelona en 2008, la exposición de Aguado desentrañaba el proceso evolutivo de lo que llamamos ligazón (el modo en que un torero encadena sin interrupción los pases de muleta a un toro), favorecida por el desarrollo y la longitud de la embestida del animal, su acometida hacia la muleta, tanto como por los distintos estilos de los matadores acoplados a ella. Quién o qué hace a qué o quién daría para una buena discusión en la que no es improbable que el resultado fuese un empate, pues ambas, embestida y ligazón, crecen, evolucionan, se transforman juntas, como una pareja bien avenida. El viejo Joaquín Vidal, crítico taurino del diario *El País* añorado por (casi) todos, no obstante, me cruzaría la cara: «Como siempre